

La calle para el jueves 15 de noviembre de 2007  
Diario de un espectador  
Friedrich Katz  
por miguel ángel granados chapa

Nacido en Viena hace 80 años, y profesor en la Universidad de Chicago hace 50, el doctor Friedrich Katz fue solicitado por la comunidad de historiadores mexicanos para que celebrara aquí su octogésimo aniversario. Hay al menos tres razones para que así ocurra: el hecho de que Katz haya vivido en nuestro país siendo niño y adolescente, cuando nadie sino el gobierno de Lázaro Cárdenas recibía a exiliados víctimas del nazismo; porque ha dedicado buena parte de su robusta obra a asuntos mexicanos; y porque son legión sus alumnos directos e indirectos y los que, no siéndolo en el aula, han recibido sus enseñanzas a través de sus libros.

Tal vez la obra cumbre de Katz, que ha sido homenajeado durante tres días, por el Colegio de México, el Instituto de estudios históricos de las revoluciones de México y el Instituto Mora, es la que escribió hace más de diez años sobre Pancho Villa, aparecida en 1998 en español, publicada por Ediciones Era en dos volúmenes con un total de más de mil páginas. Unos párrafos del prólogo nos sitúan con claridad ante el biografiado y el biógrafo –su estilo, su percepción del individuo al que estudió durante años en media docena de países:

“A él le hubiera encantado la escena. A pesar del frío que hacía aquel día ventoso de noviembre de 1976, el gentío colmaba las calles del viejo Parral. Habían oído que los restos de Pancho Villa, enterrados allí, iban a ser trasladados, por decreto presidencial, al Monumento a la revolución, en la ciudad de México. Era el tardío reconocimiento de sus méritos revolucionarios por un gobierno mexicano.

“Al aparecer el féretro de Villa flanqueado por miembros de su familia, la multitud estalló en aplausos y aclamaciones. Muchos lanzaron el viejo grito de guerra: ¡Viva Villa!. Lo que más lo habría impresionado es que prácticamente ninguno de esos espectadores entusiastas lo conoció nunca, dado que más de cincuenta años habían pasado desde que fue asesinado y ni siquiera los padres de muchos de los que ahora colmaban las calles de Parral para verlo partir a reunirse con sus enemigos en mausoleo de los héroes revolucionarios en la capital lo vieron ni lo oyeron ni lo conocieron. El hecho de que tantos años después de su muerte miles de personas vinieran a aclamarlo daba la medida de la influencia que aun ejercía en su estado adoptivo. Otra expresión de las emociones que su memoria despertaba era que también varios miles de personas, por su parte, se habían negado a salir a la calle, muchos habían enviado cartas de protesta a los periódicos y algunas leían ávidamente libros como el recientemente publicado Francisco Villa, el quinto jinete del Apocalipsis.

“Tal vez no le hubiera sorprendido a Villa la mezcla de amor y odio, respeto y desprecio que suscitaba en México, pero no le habría parecido tan previsible la forma en que se manifestaba esa misma mezcla al norte de la frontera, en un país por el que alimentó en los últimos años de su vida un aborrecimiento cada vez mayor: Estados Unidos. En noviembre de 1979 se erigió en Tucson, Arizona, una estatua suya que despertó emociones por lo menos tan fuertes como las que se expresaban en México, y fue recibida con una combinación similar de odio y amor, respeto y desprecio.

Esas reacciones encontradas reflejan las contradicciones del hombre mismo y las contradicciones que se esconden en las muchas leyendas acerca de él”.

Antes, en su prefacio, Katz explicaba:

“Junto con Moctezuma y Benito Juárez, Pancho Villa es probablemente el mexicano más conocido en todo el mundo. Las leyendas sobre Villa no sólo abundan en México, sino también en estados Unidos y aun en otros países. Existen no sólo en la mentalidad, la tradición y las canciones populares sino en el cine tanto mexicano como hollywoodense”.